

SER DOBLE



© Maria Diamantes, www.mariadiamantes.com

A CUALQUIERA QUE VIAJE A ESTADOS UNIDOS LE sorprende de inmediato que allí todo esté empaquetado por duplicado, de una manera casi obsesiva. Desde vasos de té o café desechables hasta bolsas de comida, uno sale de cafeterías y supermercados con un exceso entre manos no del todo simbólico. Por supuesto, pueden citarse razones pragmáticas que explican esta práctica: duplicar el cartón de los vasos evita que una bebida caliente te provoque una quemadura, poner una bolsa dentro de otra evita que se rasguen, etc. Pero incluso esas explicaciones traicionan aspectos que van más allá de la mera «conveniencia». En una cultura de la obsolescencia, es decir, de bienes producidos y sobre todo consumidos como si fueran desperdicios o basura, las cosas ya no funcionan como deberían. Para cumplir de manera adecuada su función, éstas dependen de un refuerzo proporcionado por otras cosas, a menudo del mismo tipo. Un solo vaso de cartón no logra retener el líquido que contiene y una sola

bolsa de plástico se desintegra, y por eso se les añade otro producto, de la misma mala calidad, para respaldarlos.

Me doy perfecta cuenta de que existe cierto grado de complicidad silenciosa entre la generación industrial de basura consumible y el propio rechazo de los consumidores a comprometerse a utilizar objetos reutilizables que reducirían el despilfarro de su (nuestro) estilo de vida. (Eso también está cambiando gradualmente, al menos en lo que se refiere a las bolsas de la compra. Cabe recordar que, el pasado otoño, California se convirtió en el primer estado de Estados Unidos que prohibió las «bolsas de plástico de un solo uso».) Pero ¿y si detrás del fenómeno prosaico del doble empaquetado se escondiesen aspectos filosóficos relacionados con la naturaleza de la realidad?

Para empezar, nada ni nadie existe aislado de los demás. En el mundo que nos rodea, las cosas están inevitablemente articuladas en el espacio con otras cosas, lo cual produce una autonomía ilusoria, tanto objetiva como subjetiva. Lo que

integran estas prácticas son dos objetos de la misma clase, una señal muy reveladora de la homogeneización de nuestro mundo. Los iguales articulados entre sí: ése es el modelo de lo real, de la comunicación y, por supuesto, del pensamiento, que cada vez se impone más sobre nosotros en la era de la globalización. Desde un punto de vista ecológico, todas estas articulaciones son por naturaleza un derroche (¡de ser y de tiempo!), redundantes, obsoletas, no sólo con respecto a la realidad material exterior sino también a las interacciones humanas y nuestra experiencia de nosotros mismos. Su duplicación es opuesta a lo que Luce Irigaray distingue en la expresión «ser dos», que implica compartir *dentro de y pese a* nuestras diferencias.

Otro indicio de que a lo que nos enfrentamos tiene que ver con algo más que con el cartón y el plástico es que la duplicación es un aspecto crucial de la significación. La unidad del signo consiste en la cosa significada y en el significante que representa, reemplaza y en último término substituye. Tal como señala Émile Durheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, uno de los precursores de la división del signo es, de hecho, el animismo ancestral, en el que una cosa, por ejemplo un árbol, es al mismo tiempo ella misma y el receptáculo del *mana*, el espíritu que le insufla vida o que lo convierte en lo que es. Como sujeto del *mana*, el árbol es y no es un árbol; es él mismo y algo que lo excede. Esto también se aplica al significado, que es inherente y desborda la materialidad del cuerpo significante. El mundo está encantado *porque* es significativo; en otras palabras, porque las cosas que lo componen no coinciden exactamente con ellas mismas en la inmanencia de la materia.

En el punto álgido del desencantamiento, una cosa, como una bolsa o un vaso, es sustituida por ella misma (o por otra exactamente igual). Cuando su duplicación o exceso material se incorporan a una segunda bolsa/vaso, pierde su significado, tanto si nos referimos a una entidad espiritual enraizada en el animismo ancestral como a la simple funcionalidad de las cosas. Una cosa es defectuosa, inútil y sin sentido, pero aún lo es más la lógica y el sistema de producción-consumo que regula, que explota este defecto y se aprovecha de él. Peor aún, puesto que los efectos de largo alcance del «síndrome de la bolsa doble» afectan al núcleo de la vida humana, nosotros, junto con las bolsas y los vasos, somos reemplazables en relación con los demás, que supuestamente son

nuestros duplicados o dobles. El fomento del trabajo en equipo y de la cooperación en un entorno laboral capitalista no pone en valor la interdependencia mutua y el hecho de compartir las diferencias, sino que promueve un apoyo protésico de algunas partes del capital humano defectuosas a otras.

Cuando te dan un vaso dentro de otro vaso, se supone que después de beberte el té o el café has de tirar a la basura ese objeto doble. Harías bien en reciclarlo (o reciclarlos), pero, con anterioridad a cualquier acción por tu parte, lo que recibes de manos de un servicial *barista* es desechable en sí mismo. El vaso (o la bolsa) se convierte en su propio vertedero, su propio cubo de la basura, dispuesto junto con los restos del significado que una vez tuvo. ¿No sería aún más rentable triplicar o cuadruplicar dichas cosas, metiendo un vaso dentro de otro dentro de otro...? No hay que perder de vista que, si seguimos por este camino, estamos condenados a transformar nuestro planeta en un vertedero gigante con mucha más rapidez y a deshacernos de nosotros mismos con mucha más eficacia. Pero, por otra parte, ¡el crecimiento económico y la creación de trabajo siempre implican contrapartidas desagradables!

No basta con criticar, con cierto humor, el desperdicio del doble empaquetado, puesto que, como he comentado, éste señala de un modo perverso algo esencial en la estructura de las cosas y de la condición humana. Las cosas no son autosuficientes. Y tampoco los humanos, cuya existencia, además, se caracteriza porque los lanzan al mundo o a lo desconocido. No podemos acabar con la duplicidad de significado del mismo modo que no podemos predecir la trayectoria exacta del lanzamiento que es la existencia humana. Sin embargo, sí podemos oponernos a la tendencia a duplicar el cuerpo de las cosas al precio de su propio significado y a convertir el lanzamiento de dados existencial en la finalidad de ser desechados, gastados y acabados. ■

Michael Marder es profesor de investigación IKERBASQUE en la Universidad del País Vasco, en Vitoria-Gasteiz. Entre sus monografías más recientes se incluyen *The Philosopher's Plant: An Intellectual Herbarium* y *Pyropolitics: When the World Is Ablaze*. En la actualidad está escribiendo un libro a cuatro manos con Luce Irigaray titulado *Through Vegetal Being*.

Traducción del inglés de **Begoña Prat Rojo**.